

«Aspectos de semántica lingüístico textual»

de E. Ramón Trives

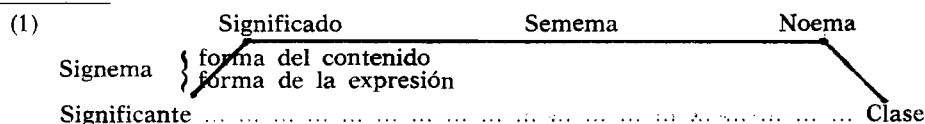
POR

JUAN MANUEL VILLANUEVA FERNANDEZ

«Hacia una descripción integrada de la lengua» es el primer capítulo del libro que nos ocupa. Título ambicioso que nos coloca en el enmarañado bosque de sueños y fantasías de los grandes lingüistas y filósofos de nuestro tiempo, y título que nos hace sospechar otro intento baldío de un desconocido para muchos o de un aficionado a la soledad y a la reflexión profunda para quienes lo conocen.

Y, sin embargo, no es así. Desde una postura humilde y sencilla; desde el oscuro puesto de un hombre que «se limita» a estudiar y analizar los sistemas y teorías ajenos, Ramón Trives nos hace una síntesis en la que los elementos fundamentales del gran rompecabezas de la lengua general y de las lenguas particulares van adquiriendo sentido.

Los cimientos de la reflexión romaniana son el trapecio de Heger, en su versión de 1969 (1). Tras explicarlo e interrelacionarlo con el desarrollo de la Semiología —limitado en Lévi-Strauss, Barthes, etc. al aspecto formal y enriquecida con la visión semántica profunda de Greimas—, leemos las siguientes palabras: «Parece... razonable decir que el sistema de Heger es integrador y superador de soluciones extremas; método acertado de convergencia de direcciones de análisis igualmente necesarias para dar razón plena del fenómeno lingüístico, en cuanto tal,



y en cuanto fenómeno concreto e individual. Se trata de justificar y dar entrada a un sistema de coordenadas necesarias por igual, la universal y la particular, la noemática y la sémica para lograr una explicación de cada lengua en particular, que por serlo no deja de pertenecer al conjunto extensivo o universal del mecanismo lingüístico en sí mismo considerado» (pág. 19).

Dicho trapecio de Heger resuelve los problemas de Polisemia, Sinonimia, etc. —que no explicaba la técnica lexicológica triangular de Ullmann y Baldinger— gracias a la concepción del significado y a la introducción del Signema (2) y el Noema (3), que son, a su vez, los pilares en que se asienta la posibilidad de una lengua general y las lenguas particulares. Trives los explica de esta forma:

«A nuestro entender —observemos la sencillez de la aportación personal que implican estas palabras—, el Noema es una unidad mental y convertiblemente lingüística, que por su independencia de lo concreto lingüístico posibilita toda una generación de Semántica General, y por su conversión en lingüística inmanente, abre y fundamenta el camino hacia una Semántica de cada lengua en particular» (pág. 19).

Esas aplicaciones de interrelación de Lengua General y Lenguas particulares son un gran hallazgo de Trives, representadas en el segundo Trapecio (4).

En el estudio del Signema siguiendo a Heger, y a partir de la «doble articulación del lenguaje», de Martinet y de la «teoría de los rangos», de Halliday, Ramón Trives demuestra la necesidad que hay de replantear lo que se relaciona con los «morfemas o monemas de la flexión verbal o nominal» (28). Su estudio de los imperfectos españoles —y de los derivados— exige una nueva investigación que determine los justos límites de gramemas y monemas, el valor distintivo o significativo.

La importancia de lo significativo adquiere relevancia especial en la aquilatación de conceptos que hace a Heger (5), llegando, con la reflexión sobre la palabra, «en el camino hacia lo concreto-lingüístico en

(2) Signema es «cualquier unidad con función significativa».

(3) Noema es la «unidad mínima significativa», de la Lengua General.

(4)

	Significado	Semema	Sema
Signema	{ contenido expresión	—————	
Significante		 Clase	

(5) En lo que respecta al «medio delimitativo de las distintas unidades o signemas de la lengua» (pág. 31). Con la pretensión, dice Ramón, de «montar guardia contra el sintomatismo universal de la pura forma, que en Lengua nunca es pura, como se sabe y veremos posteriormente» (id.).

cuanto tal», y con la originalidad triveana (6) de un triángulo en el trapecio de Heger, a una nueva visión.

Interesantísima es la interpretación del mundo poético (aunque analizado en otro capítulo con mayor profundidad), tanto en la teoría como en la forma y en el que los elementos polisémicos —sobre todo, si consideramos la obra literaria en su totalidad—, se van monosemizando paulatina y progresivamente hasta lograr su plena significación, al término del mismo.

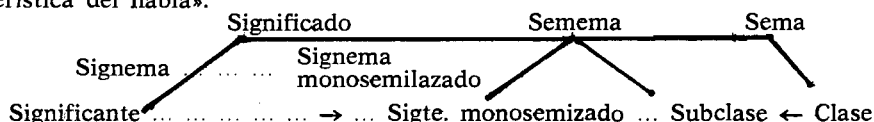
Este primer capítulo del libro termina con una breve alusión, opuesta con firmeza a la postura más radical de los generativistas, a la necesidad indiscutible de reconocer la interrelación semántica-sintaxis para la creación de una auténtica teoría gramatical. Todo el desarrollo posterior del libro es una confirmación continua y definitiva de la insuficiencia sintáctica para explicar los hechos de lengua humanos. Como demostración y prueba de lo dicho, basta observar cualquiera de las páginas siguientes.

EN TORNO AL SIGNO LINGÜISTICO

Comienza Trives con unas consideraciones reflexivas sobre la visión diacrónica del signo lingüístico, siguiendo a Eugenio Coseriu, aunque señalando algunas pequeñas opiniones particulares. La gran originalidad de este punto es el estudio detallado de la teoría de San Agustín, al que considera auténtico paladín del análisis que nos ocupa por sus geniales intuiciones en el ámbito semiótico gestual, en el campo de los «reflejos condicionados», «el behaviorismo», «el fonetismo significativo», «el universalismo del signo», «la inmotivación», «la semantización», comunicativo-lingüística, puntos demostrados con definitivas referencias a las obras del Santo de Tagaste, del cual llega a decir —y con razón—, que tiene unos pensamientos que aceptaría de buen grado cualquier lingüista de nuestro tiempo.

A continuación, pasa revista a la concepción de Charles Sanders Peirce. Presenta distintos cuadros sinópticos de dicha concepción. Reseña los avances que han supuesto sus estudios en el campo de varias ciencias, como la Fonología, la Sintaxis y la teoría de la información.

(6) Con esta representación gráfica, Trives reduce «a monosemia la polisemia característica del habla».



Después de reconocer la gran importancia de la concepción peirceana, basándose en ella y teniendo muy en cuenta los planteamientos posteriores (Saussure, Ogden y Richards), Trives se lanza a determinar el ámbito de lo semántico lingüístico.

Defiende, en contra de la opinión de Ramón Trujillo, «la correlación consustancial cuantitativa entre significante y significado», de Heger, que conduce a la visión integral de Fonología y Sintaxis. Y, al mismo tiempo que reconoce la verdad y el valor de las afirmaciones y posturas determinadas de Trujillo, Hjelmslev, señalando que sus discrepancias con frecuencia son más teóricas que reales, casi diferencias de palabras, profundiza en una concepción filosófica de base kantiana, para terminar diciendo:

«Creo poder afirmar que la semántica lingüística estudia la sustancia del contenido lingüístico o la sustancia lingüística del contenido, no la *lingüisticidad de ese contenido*, que sería el estudio de la forma pura, como las sintaxis ultraformalizantes al uso distribucionalista americano, por ejemplo, ni la sustancia del contenido no lingüístico al amparo de esos “elements possibles et variables”, de que habla, R. Trujillo, en una posible distinción metodológica de vías, semántica, sintáctica y semiótica, en orden a los semas, nexos y conceptos respectivamente» (pág. 74).

No es de extrañar, en consecuencia, que, una y otra vez, Trives hable de la radical biplanicidad de la lengua —tantas veces reiterada por Hjelmslev, y que hace comprender mejor la explicación pedagógica de su postura tajante—, para terminar diciendo:

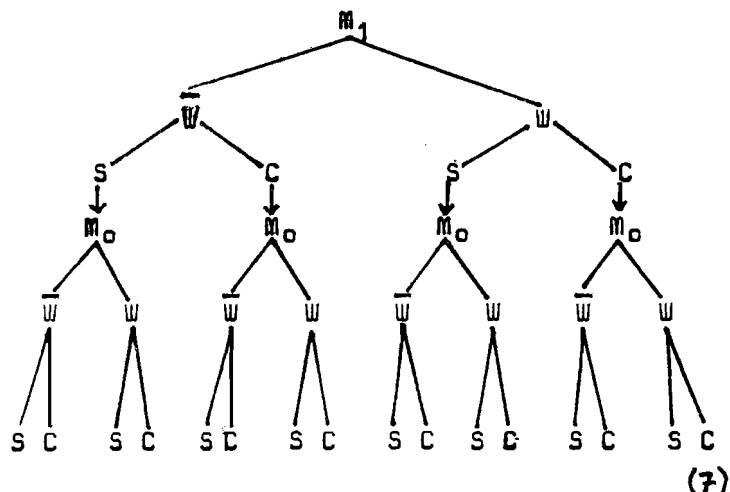
«Entendemos que la lingüística de una lengua dada, distinta de la lingüística in genere, impone sus propias e ineludibles condiciones. La lingüística de una lengua dada, en efecto, merced a la inexorable inmanencia de las formas, tiene por objeto un *fonetismo*, que acaba en *semantismo*, o un semantismo que termina en fonetismo. Reducirla a, valga la expresión, «pura fonética o a pura semántica no es, creemos, sino traicionar su propia naturaleza» (pág. 81).

Y, poco más adelante, añade que «los dos planos son solidarios, que aunque estén dotados de una constitución estructural interna sin el otro, no funcionan sino con o para el otro» (págs. 82-83).

Signos e ideas son complementarios. La estructura del habla es necesario estudiarla «en el terreno de la analítica del ser ahí» (Heidegger); porque el fluir «realidad-lengua» siempre ha sido constante e ininterrumpido.

A partir del signo, es necesario señalar «límites formales y metalingüísticos»: para lo cual, puede servirnos la siguiente representación del

primer plano metalingüístico (no considero necesario insistir en el segundo).



Nuestro autor continúa con una breve reseña sobre la arbitrariedad del signo y sus correspondencias en la nomenclatura lingüística; y termina este capítulo con una representación del signo lingüístico entre los signos y con un breve estudio de la distribución de las disciplinas lingüísticas a partir del signema (8).

CIENCIAS DEL SIGNIFICADO: LIMITES METATEORICOS

Este capítulo, el más breve de los que forman el libro es, sin embargo, sumamente representativo y da una perfecta idea —sintética por supuesto—, de la gran labor reflexiva y crítica que ha desarrollado Ramón Trives.

Nuestro autor parte de una nueva concepción de la Semántica filosófica, cuya base está en Emilio Lledó: «El significado se dilata hacia el

(7) «Las flechas del árbol indican la proyección de un plano metalingüístico sobre otro. Las siglas utilizadas se interpretan de este modo: M_1 = Primer plano metalingüístico. W = «nicht wissenschaftlich», no científico. W = «wissenschaftlich», científico. S = Signo y sus funciones lingüísticas. C = Signo como comunicación. M_o = Plano de la lengua-objeto.

(8) En cuanto a la lingüística concreta de una lengua dada, Trives afirma que tiene una vía de operatividad obligada que es la «forma biplánica correlacional», no siendo en ninguno de los planos, «forma pura», sino «sustancial», «pertinente», para el establecimiento de los dos universos «morfosémico» y «morfofónico», razón única de la existencia de una lengua dada» (pág. 106).

vacío vértice de la cosa, y, en el hueco de ésta, el habla filosófica se solidifica por la ineludible presión que en ella ejerce la historia y el mundo» (pág. 113).

Es decir, «la semántica filosófica tiene por objeto la cosa instalada en el límite del horizonte de alusividad del significado o convertida en la cosificación del significado como límite de su propio horizonte de alusividad» (pág. 112) (9).

Tras esta visión inicial, Trives profundiza en dichas afirmaciones y, con el acervo lingüístico que le concede su gran conocimiento de la lingüística moderna y las teorías y posturas concretas de Greimas, Heger y Pottier, estructura una interesantísima interrelación de las ciencias que se preocupen del significado. Para llegar a esta estructuración, ha tomado el punto de partida de Heger, ha criticado aspecto de los tres investigadores; y, en último término, ha realizado una nueva síntesis en la que adquiere relieve especial una novedosa concepción de las ciencias del significado y de sus mutuas implicaciones —solución ecléctica, sí; pero muy original— (10).

No se puede considerar —ni mucho menos— este capítulo como un estudio completo de las ciencias del significado (11), pues ya en el mismo título se especifica que se refiere, en exclusiva, a los «límites metateóricos». De cualquier forma, las concepciones de interrelación con que nos presenta estas ciencias y las implicaciones mutuas que hay entre ellas —aunque no estén desarrolladas— se ofrecen como clarividentes incluso cuando, con toda sencillez pero con firmeza, afirma:

«El estatuto semántico o morfosemántico se reconoce, pese a lo señalado por A. J. Greimas, no ya por los “clasemas” *in genere*, sino por tales y tales “clasemas” *in specie*, en juego con tales y tales unidades elementales de las distintas situaciones lingüísticas y paralingüísticas» (pág. 120) (12).

(9) Esta dedicación de la semántica filosófica a la «cosa» no significa «que la lingüística no se preocupe, siquiera sea tangencialmente, de la realidad o que no tienda a dar «sentido al sentido» del lenguaje, en toda su amplitud, pero hasta ahora ha quedado presa de la inmanencia, cerco roto por la actual semiología o semiótica» (pág. 112).

(10) A él podemos atribuirle las palabras que refiere a Greimas, Heger (...) cuando afirma que, al profundizar en las investigaciones, se llega a coincidir «con sus colaterales en competición»; «y es que las perspectivas de los distintos planteamientos son la inexcusable exigencia del quehacer humano. Comprender y explicar la realidad es la meta común, los caminos son distintos» (pág. 114).

(11) Semiología, Semiótico y Semántica.

(12) Trives admira a los grandes investigadores de que se considera deudor; pero, en ningún momento alude a la argumentación «por autoridad». Lo que afirma es debido únicamente al convencimiento de su inteligencia. Nunca acepta lo dicho por otro —en cuanto tal—, cualquiera que sea su nombre.

LA LENGUA: SU UNIDAD Y DIVERSIDAD

La dualidad lengua-objetividad, presenta dos vertientes: 1) Comunicatividad coloquial vs comunicatividad científica; 2) Comunicatividad coloquial vs comunicatividad poética.

1) Comunicatividad coloquial vs comunicatividad científica.

En un plano inmanente, desde una perspectiva intralingüística, la primera es polisémica, mientras que la segunda es monosémica (los términos técnicos están perfectamente definidos). En cambio, desde un plano extralingüístico, la «tensión lengua-realidad se presenta como algo problemático a la hora de delimitar lo meramente coloquial de lo propiamente científico» (pág. 126).

Baldinger afirmó: «El único lenguaje que trata de seguir (¿o de crear?) límites objetivos es el lenguaje científico.»

Con una gran originalidad, Trives sostiene: «Podríamos decir que todo lenguaje se impone una perspectiva desde la cual, y únicamente desde ella, se puede observar la realidad. Por lo cual, la condición perspectivística del lenguaje respecto de la realidad, no es esencialmente discriminatorio entre lo coloquial y lo científico como podría hacerlo suponer el texto que hemos presentado de Kurt Baldinger» (pág. 127).

Estas palabras representan una aclaración de conceptos que significa una auténtica nueva orientación en la interrelación de las disciplinas lingüísticas y en su delimitación. Pues, según esto, tiene que ser otra la cualidad discriminatoria entre lenguaje coloquial y lenguaje científico. La conclusión a la que llega (tras el análisis y la reflexión sobre las series propuestas por K. Baldinger: «cabaña, casa, palacio» y «altura, colina, montaña, monte») es que se trata de elementos estructurados sobre un mismo eje clasemático, que pese a la variada configuración real, y precisamente por ella, en virtud del inexorable principio de economía lingüística, se tipologiza lingüísticamente en torno a una serie limitada de elementos, que por su fuerza opositiva paradigmática queda potenciada, si no para todos, al menos para los más variados contextos» (pág. 127).

Esas series susodichas precisan de un solo eje clasemático copresente —vg. lugar de montañas vs lugar de llanuras— «y no múltiple como indiscriminadamente se hace suponer al plantear la cuestión de límites de individuos tipologizados, estructurados en torno a clases tipologizables de resultados obviamente ilimitados» (pág. 127).

Y es que, sigue diciendo Trives: «Cabe pensar en situaciones metalingüísticas, y no propiamente lingüísticas, ya que sólo son posibles debido a la intervención de la conciencia metalingüística reflexiva concomitante» (págs. 127-128).

Consecuencia de todo lo anterior es que la objetividad lingüística del lenguaje coloquial y del lenguaje científico «dependen del umbral lingüístico y de las condiciones generales de la Semiótica natural» (pág. 129); lo que exige una aceptación con reservas, de la afirmación de Coseriu: «la creación lingüística puede, pero no tiene que corresponder a delimitaciones objetivas» (pág. 129). Pues: «La lengua... impone sus límites partiendo de su específico umbral lingüístico, pero no se trata sólo de un umbral desconectado de la realidad, sino que justamente surge al establecer contacto con ella. La realidad presenta sus límites semióticos a todas las perspectivas, naturales y científicas, que de acuerdo con su umbral de captación, logran establecer un peculiar universo semiológico, que al no ser idéntico en todos, podemos pensar que los límites semiológicos proceden de las distintas perspectivas» (pág. 130).

Todo esto nos lleva a la afirmación de que, en realidad, con frecuencia, el planteamiento de situaciones conflictivas entre lengua-realidad parte de un pseudoproblema: el entrecruzamiento de perspectivas meta-lingüísticas.

La lengua coloquial está unida al «hic et nunc»; es de particulares. La lengua científica es de universales. De cualquier forma, una y otra son un producto del hombre...

Y, en nuestra atención a la lengua coloquial, diremos que la semántica es la dimensión humana del lenguaje; ella hace que la fonosintáctica adopte una función u otra. Por eso, en el orden subconsciente, estamos de acuerdo con el centrismo sintáctico de Noam Chomsky y demás generativistas de su línea. No así en el consciente» (pág. 133).

2) Comunicatividad coloquial vs comunicatividad poética.

La grandeza y la limitación de la lingüística, se manifiestan en plenitud en este apartado triste, sincero y esperanzador.

«... la lengua es un conjunto o complejo de sistemas, todos solidarios, necesarios y operantes por igual en el proceso de comunicación» (página 137).

Fonética, sintaxis y semántica son los tres apartados que se interrelacionan en esa maravilla que es la lengua: «Lo fónico de la palabra y su distribución, en un sentido remiten a la palabra misma. Lo sémico, su rendimiento comunicativo, remite a lo que no es la palabra» (pág. 137).

Este, «su rendimiento comunicativo», lo sintetiza Trives en el término «ultrasigno», término que, en su limitación, manifiesta toda la pobreza del lenguaje ante lo bello, ante la poesía. Lo que no es obstáculo, sin embargo, para que, en lo lingüístico, encauce el problema perfectamente.

«La obra poética obliga al proceso de ida y vuelta. No nos deja en la clase u objeto significado sino que mágicamente nos obliga a retornar

a sí, instalándonos definitivamente en sí misma, al hacernos comprender y, sobre todo, contemplar cómo ese complejo tejido significativo ha adquirido un ritmo interior y una forma fonosintáctica exterior insustituibles, y, por ende, estéticas y cautivantes. Hay una ida al significado denotado pero no una definitiva instalación en el mismo como ocurre con el simple hecho comunicativo. Hay un retorno a la palabra, debido a ese poder superior del ultra-signo» (págs. 138-139).

Nuestro lingüista comprende todo el ámbito inabarcable de la poesía: está por encima de la lengua y de los hombres; es del hombre y para el hombre, a través de las relaciones y sensaciones con que llega a la realidad.

«Acercarse a esa bidimensionalidad, he ahí el papel y esencia de la poesía. Acceder a esa bidimensionalidad de la poesía, he ahí el secreto de la crítica» (pág. 141).

Ese «acercarse», ese «acceder» es algo tan profundo y tan individual que nadie puede hacerme sentir la poesía. Un gran exégeta sólo puede conseguir ponerme ante la palabra desnuda; la musicalidad, el ritmo inherente a toda auténtica poesía es algo que está reservado exclusivamente a «el hombre ante la belleza», pues sólo el hombre es capaz de vibrar ante su «poesía»; pues ésta, por ser del terreno de la lengua, dice una cosa distinta a cada uno.

Estas afirmaciones adquieren plena validez en los ejemplos prácticos que leemos en el libro y que representan un múltiple acercamiento lingüístico a grandes obras literarias. Por ejemplo en el soneto de Unamuno (13), descubrimos que «la poesía no impone ninguna comunicación especial; las instaure todas. Explota el ámbito entero de la lengua en su integridad. Y al ofrecerlas todas, no impone ninguna, se impone a sí misma» (pág. 145).

Por este motivo, no podemos confundir un habla artística, un habla poética, una lengua con valores poéticos, con la poesía en pureza, en esencia. Esta, por su unidad integral, es intraducible y no tiene más comunicación que la vivencia concreta de la sensibilidad del espíritu de «el hombre».

(13) He preferido citar este poema por lo que se ha criticado a Unamuno de poeta duro. Es indiscutible que la poesía del gran rector de Salamanca sigue unos derroteros particulares. Por eso, en el comienzo del comentario ramoniano podemos leer: «La intensa armonía semiofono-rítmica», junto a inesperadas fisuras, por donde lo poético naufraga o se mantiene en difícil equilibrio, nos ofrece una prueba de esa laboriosa búsqueda de lo estético-moral, sin fáciles claudicaciones, ni rítmicas, ni meramente conceptuo-significativas. Pero tras esos versos que suenan, en múltiples ocasiones, como martillazos, al decir de Rubén Darío, el discurso de su verbo fluye denso, denso» (págs. 246-247).

PRAXIS METALINGÜÍSTICA Y HORIZONTE DE ALUSIVIDAD SEMICA

Este último capítulo se divide en dos apartados: el primero, breve, es un «análisis lexémico dentro de la lengua como sistema virtud y abstracto» —«competence»— (pág. 157).

A partir de un estudio sobre el lexema «ojo» (que toma como punto de partida el artículo que presenta María Moliner, en su Diccionario de uso del español), llega a la conclusión de la gran riqueza que un lexema alcanza a lo largo de la progresiva lexicalización que le ofrecen los distintos hechos de habla, más o menos alejados de su «semema fundamental lingüístico».

Mucho más complejo e interesante resulta el segundo apartado de este capítulo, «Ambito discursivo: aspectos de una semántica textual», que pertenece a la «performance».

Comienza con una defensa de Saussure, que no descarta el tema del «hablar» —aunque la contemplación de la lingüística que derivó de él haga pensar lo contrario—, con repercusión en el texto, pues «Dans la règle, nous ne parlons pas par signes isolés, mais par groupes de signes, par masses organisées qui sont elles-mêmes des signes» (citado en página 169).

Trives pasa revista y critica las distintas posturas de Benveniste, K. Heger, Greimas, Petöfi, sobre el estudio del discurso, para llegar a la conclusión personal —en cierto sentido, ecléctica—, de que «los modelos textuales no están en la lengua».

«El texto es un objetivo de la lengua en su instrumentalidad radical, pero no es un ingrediente operativo de la misma. Lingüísticamente se llega al texto, pero no se opera desde él» (pág. 177).

Y «en mi opinión, la *operativa* del discurso es lingüística, pero la *estrategia* discursiva pende de la *planificación* textual, necesariamente extralingüística» (págs. 177-178).

Con lo cual, llegamos a la afirmación indudable de que, en el terreno del texto, la doble articulación martinetiana resulta insuficiente (página 178) (14).

(14) «... Al ser la lengua una estructura en cualquiera de sus ámbitos funcionales (no sólo en la primera y segunda articulaciones señaladas por Martinet, sino también en una tercera, la propia del contenido semántico, como una exigencia del planteamiento martinetiano, según acertadamente señala Emilio Alarcos), las unidades lingüísticas están sujetas a unos *límites de tolerancia combinatoria o margen de seguridad* que asegura que el *campo de dispersión de una unidad* no invada los campos de dispersión o umbrales de tolerancia de otras» (pág. 237); porque, a pesar de todo, lo que es indudable es que «el texto más que una acumulación de frases... es una «ultrafrase», con todos los ingredientes de la frase condicionada por la funcionalidad discursiva o textual» (pág. 178).

Para confirmar este aserto, Trives estudia —aprovechando las investigaciones de J. Petöfi— los aspectos cotextuales y contextuales de un texto, pero ampliando el punto de vista de dicho estudioso, con esta pregunta: «¿Cómo la presión textual es capaz de reducir el potencial semántico intensivo-extensional lingüístico (ámbito del significado, en la acepción de Coseriu) a un sentido concreto o contenido intensivo-extensional dado (las circunstancias concretas, el *sentido*, en la acepción de Coseriu)?» (pág. 180).

Para responderle, nuestro estudioso profundiza el «mecanismo productivo-sintético», con el que se construye el texto; y el «mecanismo analítico-reproductivo», por el que un lector interpreta el mismo (15). La evidencia final es que «*el texto es el producto lingüístico de distintos saberes o competencias, lingüísticos y no lingüísticos*. De ahí que su estudio sólo terminativamente, parcialmente, sea lingüístico (pág. 189 (16); pues es innegable que la «vibración emocional, la experiencia estética, la intuición sólo es dable en contacto con los textos concretos». El estudio científico textual lejos de suplantarlo, evidencia la necesidad del contacto directo con los textos» (pág. 188) (17).

A continuación, nuestro autor analiza «la problemática de la operativa interfrástica», para lo cual se parte del presupuesto de que «todo lo que co-ocurre (iso-topía), tiene una razón de ser, asegurada por el que Greimas llama «sema contextual» o clasema, como solidaridad sintagmática mínima, si bien no la única, con la lazos textuales mucho más cercanos.

La exposición de la Iosemia Lexémica (remite al libro de Pottier para los otros tipos) a partir del esquema siguiente:

(15) Considero muy oportuno recordar unas palabras que Trives mismo escribe, en el comentario sobre «San Manuel Bueno, Mártir», y que representan un ejemplo práctico de esta misma teoría: «En este entramado de relaciones de la *escritura* como *lectura* o la *lectura* como *escritura*, se cuestiona Unamuno hábilmente sobre la esencia misma de la creación literaria. Su escritura no es sino la expresión de la lectura de su intimidad, en una muy fecunda renovación del ideario paulino-agustiniano, puesto que para él, un hombre histórico, un hombre de verdad, un actor del drama de la vida, un sujeto de novela, «lleva las entrañas en la cara... y he aquí por qué toda expresión de un hombre histórico verdadero es autobiográfica. Y he aquí por qué un hombre histórico verdadero no tiene tapa» (pág. 316).

(16) Cuando queramos describir el sistema de una lengua determinada, podemos prescindir de los *praxemas* (así denomina Trives a los rasgos enciclopédicos); en cambio, no podemos prescindir de ellos cuando tratemos de estudiar un acto concreto de lengua como es un poema, porque son «factores vitalizadores de toda concreción praxiológico-lingüística, siendo la lengua, en cada caso, la tensión hombre-mundo o diálogo entre hombres a propósito de su mundo» (pág. 279).

(17) Pero esta misma exigencia de contacto con los textos nos evidencia la indudable necesidad que tenemos de conocer toda «la experiencia socio-cultural humana» que rodeó y posibilitó su creación. El mundo de las «asociaciones» que se estudian con brevedad en las páginas 236 y siguientes.

	actancial	actorial	
	predicacional	predicatorial	
ISOSEMI			— específica { — nuclear
LEXEMICA	predicactancial	predicactorial	— internuclear nuclear
			— genérica { — nuclear
			— internuclear

la aprovecha Trives para volver a insistir en su teoría sobre la errónea interpretación de la gramática tradicional respecto a la subordinación adverbial y la subordinación completiva. Y modifica, con pequeños pero interesantes matices, la visión de Heger que le sirve de base para su argumentación (págs. 199 ss.).

La teoría de este libro tan enriquecedor acaba con la consideración del texto como un complejo arquitectónico en el que se dan dos niveles: microestructural y macroestructural, y que define como «la dimensionalización espacio-temporal y lógico-valorativa de un determinado núcleo sémico funcionalizado predicactancialmente» (pág. 215).

La comprensión y explicación de la microestructura conduce a Trives al estudio y aceptación de la isosemia por afinidad, isosemia por selección e isosemia por implicación del pensamiento de Coseriu—.

En la intención de dar una hipótesis de discursivización necesita también la isosemia por identificación (que abarca los recursos definicionales, los diafóricos y que comprende la equivalencia y la identificación). Ahora bien, para que esta teoría de la discursivización sea completa, debe tener en cuenta la isosemia «por asociación», en base a la lengua, al discurso o a la realidad o experiencia extralingüística humana» (página 233); pues que, recordando a Martinet: la lengua es «un instrumento de comunicación con arreglo al cual la experiencia humana se analiza, de modo diferente, en cada comunidad, en unidades dotadas de un contenido semántico y de una expresión fónica» (pág. 235). Y, en consecuencia, como señala Pottier: «Toda significación es relativa a los conjuntos de experiencia según las circunstancias de la comunicación: lo cual no quiere decir que la sistemática semántica sea imposible, sino que se la considera únicamente, y en esta especial perspectiva integral, como relativa» (pág. 237).

Porque, de cualquier forma, la discursivización es un acto humano por antonomasia, dotado de una *fuerza ilocutoria* (que pende estrictamente de la intencionalidad): «La pragmática preside y corona todo el proceso comunicativo textual, dotando de alma o intencionalidad hu-

mana, sentido, a la osamenta semio-sígnica sobre la que indefectiblemente se asienta» (pág. 243) (18).

CONCLUSION

Es indiscutible que nos encontramos ante un libro profundo, que exige reflexión y detenida atención para comprenderlo. Estamos tan acostumbrados a leer libros que repiten y repiten teorías archisabidas que, al tener en las manos uno en el que lo que predomina es la originalidad, nos vemos abocados a hablar de difícil (19).

El autor de este libro nos manifiesta su manera de trabajar seria y sin concesiones. Las novedades que introduce en los estudios lingüísticos —muy importantes a pesar de estar sólo germinadas— arrancan de otros autores, a los que trata con el máximo respeto, incluso en las ocasiones en que se coloca frente a ellos. Por encima de todos, destaca Heger. Greimas, Coseriu, Pottier, Petöfi, Martinet... son aprovechados para dotar de una significación total y definitiva las nuevas concepciones —de base hegeriana— lingüísticas.

Pero, paso a paso, lo que se descubre es que la concepción de este gran investigador alemán ha tomado una forma original, en Trives, para caminar por unos senderos nuevos. Me atrevo a afirmar que, si hay estudiosos dispuestos a seguir las directrices ramonianas, en toda la transcendencia que implican, será preciso variar algunas concepciones importantes de las generalmente aceptadas como válidas.

Pero no quiero dejar de señalar un defecto importante que descubro en el libro y que hace que, en buena parte, quede reservado a especialistas. Me refiero a las frecuentes citas que hace de los autores, en sus textos originales. Ramón Trives ha debido de olvidar que en los actuales estudios de Bachillerato, las lenguas clásicas no tienen importancia;

(18) Los cuatro comentarios que cierran el libro son muy interesantes. Pero no considero oportuno hablar de ellos, puesto que son realización práctica de la teoría estudiada en los distintos capítulos. Sí quiero señalar, con todo, que, pedagógicamente hablando, representan, en buen número de casos, una aclaración interesante de puntos menos evidentes de la explicación. También abren caminos interesantes en el campo de los comentarios de textos, tan necesarios y tan olvidados en nuestros distintos niveles de enseñanza.

(19) Ya va siendo hora de tomar conciencia, en España, de que las disciplinas humanísticas no son «muy fáciles». Hay que convencerse de que, cualquiera que sea la dificultad que impliquen, exigen mucho detenimiento, mucha reflexión y mucho estudio. No es suficiente con «aprender» lo que nos dicen los demás. Es preciso ahondar en el contenido del hombre, desde su historia y desde su realidad concreta actual —en todos sus aspectos— para «aprender» algo más del hombre; pues, después de tantos años de historia, de cultura y de civilización, el mayor desconocido, para el hombre, es el propio hombre.

y las modernas—, en el mejor de los casos, con una ¡basta!, aunque a nadie se le impide estudiar otra, si quiere... Aparte de que, si el libro lo leen los profesores, algún beneficio recibirán los alumnos.

De cualquier forma, debemos hacer dos afirmaciones: la primera, referida al libro, es que se sale de la trayectoria general de las publicaciones cotidianas «científicas»; y es un ejemplo que señala un camino de los posibles que hay que seguir para trabajar de verdad; la segunda, referente a su contenido, es que, siempre que queramos hablar del lenguaje —en cualquiera de sus aspectos— tendremos que hacerlo sin olvidar la compleja realidad de la semántica en todas sus vertientes.

Octubre, 1980